

El enfoque del conflicto israelí-palestino. Análisis de los factores culturales que influyen en los corresponsales de guerra

María Teresa Nicolás Gavilán

Editorial Fragua. Biblioteca de Ciencias de la Comunicación

Madrid, 2014. 472 páginas.

Es el conflicto árabe-israelí, y más específicamente el palestino-israelí, asimétrico, donde el encuadre y el enfoque obedecen, sin lugar a dudas a una cosmovisión propia, en la que el informador y su audiencia condicionan tal vez en exceso el resultado: atentados terroristas palestinos versus operaciones militares israelíes. Esta aproximación Occidental no es la misma, obviamente, que en países y periodistas árabes o incluso sólo musulmanes, y es pues aquí donde reside el valor de este trabajo investigador al asumir el empeño de sistematizar este conocimiento pese a las evidentes dificultades. Para quien edita cotidianamente noticias de Oriente Próximo no es asunto baladí. Para la autora, que ha tenido que acotar un universo representativo de encuestados y entrevistados en una muestra de corresponsales de guerra con pretensión científica, tampoco lo es por lo que supone de rigor y empeño.

Quienes defendemos que el clásico trabajo del profesor Stephen Hess acerca de la idiosincrasia del corresponsal en el extranjero —estadounidense en este caso— para enlazarlo con su visión del mundo y, obviamente, su manera de reportarlo, había tenido un inconstante reflejo en la investigación académica en España, con *El mundo fue noticia* (1986) de Felipe Sahagún y su correlato ulterior en la obra de Christopher Tulloch, *Corresponsales en el extranjero, mito y realidad* (2004), esta nueva obra contribuye con un caudal de datos que permiten impulsar la investigación de la realidad y el desempeño de los corresponsales de guerra españoles y la información internacional en España, con datos actualizados y acomodados a una nueva realidad mediática.

Es evidente, como nos propone la autora, la necesidad de revisar la definición clásica del corresponsal en el extranjero, toda vez que ya no es siempre un enviado de un medio —permanente o temporal— y ni siquiera tiene que ser español, ni tampoco trabaja en exclusiva para un medio, toda vez que son muchos los que trabajan, con «doble afiliación» o para más empresas informativas, sino que la multiplicidad de formatos es una realidad que condiciona, y lo hace enormemente, su cometido. Al incorporar al elenco del muestrario a los «periodistas que informan para España», adopta una visión amplia y mucho más acorde con la realidad informativa actual, aunque ello significa, incluir a los colegas que por doble nacionalidad, en este caso, son también israelíes. Lógicamente, esta decisión, irremediable para el enunciado objetivo de averiguar si su *frame building* a partir de su bagaje personal, afecta al enfoque y de ahí se puede deducir la adscripción al *peace journalism*. Definido y localizado el elenco solo cabe lamentar la exclusión del corresponsal gatazí de Efe Saud Abud Ramadán, quien trabaja con la agencia española de noticias hace más de veinte años.

Las autoridades israelíes no permitieron a la autora visitar Gaza, prohibición extensible a los periodistas israelíes de la muestra (31,25% con doble nacionalidad) como Enrique Cymerman cuyas informaciones fueron tabuladas. Esta

prohibición de las autoridades israelíes a sus periodistas de viajar a Gaza sesga el resultado de la muestra pero en absoluto lo tergiversa pues es el resultado de lo que finalmente es publicado lo que permite averiguar si la prensa española como colectivo acreditado en la región cumple su función conforme a los parámetros del peace journalism. El manual *Nuevas guerras, vieja propaganda* (Pizarroso, 263:2005) recuerda que «el periodista vienes Theodor Herzl, testigo en París del caso Dreyffus, publicó en 1897 *Der Judenstaat* (El estado judío) con el que nació el sionismo político. Y poco a poco fue abriéndose paso la idea de un estado 'europeo' en el corazón del mundo árabe». Esta noción puede ser la que explique la radical discrepancia entre los periodistas españoles —que ninguno considera que Israel sea un país europeo— frente a sus colegas que tienen la nacionalidad israelí que unánimemente entienden que su país sí que es un estado europeo. En otras muchas cuestiones hay disparidad de criterios, aquí el contraste es absoluto.

Calduch plantea en el prólogo de este nuevo libro la cuestión clásica: «saber si el periodista que cubre el conflicto, a pesar de sus emociones, puede ser riguroso y exhaustivo en la narración de los hechos, fiable en las fuentes, con criterio profesional para elaborar las noticias diferenciando la información de sus opiniones, y por supuesto, fiel a sus valores personales». Y coincidimos en que el exhaustivo trabajo alcanza pleno significado al incorporar la perspectiva socio-cultural (framing) como la variable necesaria para «comprender en su totalidad, la construcción de la narrativa informativa de los conflictos que difunden los medios». Además de los trabajos sobre el conflicto y la prensa española de Álvarez Osorio y Giro, Nicolás Gavilán extrae del voluminoso trabajo en este campo del profesor Bartolozzi la tesis de que al corresponsal «le corresponde explicar, interpretar y opinar con honestidad y responsabilidad. Y sobre todo, no agravar con sus planteamientos la intensidad del conflicto».

Con esta propuesta y desde la superación de la tesis objetivista, la autora parte del Political Context Model para presentar las propuestas de los factores que influyen en los corresponsales de Donsbach, Shoemaker y Reese así como Wolfsfeld y Bläsi y el ya citado Tulloch, y hacer su revisión crítica del modelo de periodismo para la paz defendido desde 1965 por Johan Galtung cuando sostiene que el periodista tiene el deber de contribuir a la resolución de los conflictos mediante un enfoque noticioso que contribuya a la paz. Tal vez sea el más certero y menos ortodoxo el reportero británico de la BCC David Loyn, con quien coincidimos, al señalar la disyuntiva que plantea ese deber moral del corresponsal de guerra con sus obligaciones profesionales: la negativa a renunciar a la inalcanzable objetividad como meta y guía de trabajo con equilibrio, imparcialidad o justicia desde una perspectiva como es el respeto a los derechos humanos. Cuestión distinta es recordar como hace Hanitzsch que «muchos de los principios del peace journalism son parte esencial de la excelencia periodística» y pueda aceptarse la inclusión de criterios a las «mejores prácticas» profesionales.

La propia autora, que concluye que «la valoración global que corresponde a los medios en España es de 7,2 sobre 10 en el enfoque orientado al peace journalism, entiende que «los indicadores del enfoque del peace journalism deben ser trabajados más, ya que no se les debería atribuir el mismo valor a todos por

igual». Sostiene también que «es suficiente afirmar que todos los periodistas que cubren este conflicto para los medios españoles tienen una tendencia mayor hacia el peace journalism que hacia el war journalism. Aunque cabe señalar que algunos de ellos tienen un enfoque personal que en ciertos puntos están más próximos al war journalism, como es el caso de quienes califican a los protagonistas como buenos y malos, y víctimas y verdugos». A modo de conclusión, la autora considera que la «hipótesis inicial es correcta, es decir, que la nacionalidad y pertenencia étnica, el juicio sobre las partes en conflicto y el modo de entender el periodismo son los factores que influyen de forma contundente en el framing de las noticias». Admite que el periodismo para la paz «tiene como debilidad principal aspirar a lograr su objetivo sin considerar aspectos centrales como el contexto de la política y la práctica profesional. Por esta razón necesita reforzar sus propuestas», y como aportación personal propone un modelo basado en los factores que influyen en el corresponsal y centrado en la identidad cultural del periodista.

Alfonso Bauluz de la Iglesia
Universidad Complutense